

LA GRIEGA

La griega vivía en un palacio viejísimo, con portón y patio que habrá sido la caballeriza en los tiempos felices; ahora: tendadero de ropa. Alfonso subió una escalera y otra escalera y otra escalera y eran como mil escaleras, porque vivía en el altillo, con otras griegas peludas y feas, con planta de libidinosas. Cuando al fin se terminaron las escalinatas grandes, se detuvo un momento a tomar aire libre, con las canillas que le temblaban, y comprobó que todavía le quedaba otra escalerita y se sacó el pañuelo para secarse el sudor de la frente, se pasó el peine, emprendió la subida, había como cinco puertas y el corazón le hacía como tambor. No se acordó del apellido, pero cuando vio el alessandra, tocó tan suave que tuvo que volver a tocar, y casi en el momento le abrió una de las peludas. ¿Está Aleka? , preguntó con vocecita, y la otra, desde sus profundas raíces meridionales, desde la resonancia antigua de la gente que ha visto el mar azul y lo ha vencido, le contestó con voz roncota: “¿Tú eres el amigo sudamericano? ”, “Sí”, admitió, como con vergüenza, y ella lo miró haciéndole la radiografía: lo hizo pasar. Hubiera querido dar media vuelta y salir corriendo pero ya estaba adentro, Aleka se asomaba y le decía: “Alfonso” y lo hizo entrar a su cuarto, mientras él pensaba que ojalá se murieran las amigas para quedarse solito con la traida.

“Hace calor”, dijo, y era verdad, pues desde la mañana las nubes se habían ido apretando y apretando hasta hacerse compacta masa negra, y la gente andaba en la calle como la chingada porque la presión les pesaba en las espaldas y además hacía el calor gelatinoso que precede a las lluvias. Pero a pesar del calor tenía las manos frías —corazón ardiente—. Además, qué trampa, porque allí, a dos pasos, estaban las cuatas y así no se podía hacer nada, sólo hablar puras babosadas, la situación política, la literatura griega, la música griega, el cine griego, la literatura latinoamericana, la música

latinoamericana, el cine latinoamericano. Al fin, las peludas dijeron que se iban. De sorpresa, aparecieron con los suéteres y las bolsas, y chau, chau (váyanse luego, repisadas). Cuando cerraron la puerta, se dijo “ora es cuando” y comenzó la ofensiva. Ella, sin duda, lo esperaba a la vuelta de esa esquina.

La boca de la griega era húmeda, profunda, como los túneles del metro, oscuros y siempre sonoros, y él sintió que estaba en alguna estación perdida, hundido en la noche, oyendo desde lejos el rielar de los vagones, con la angustia de que no lo fuera a dejar, y cuando sintió angustia mejor se espantó el pensamiento y volvió a la saliva y a la áspera lengua —a veces suave—, a la pulpa de la griega, y él recitaba lejanas letanías aprendidas cuando no era, y le pasaba los labios y la lengua por el cuello, y se hundía en el pelo, y la besaba otra vez la boca y sentía cómo se le iba parando ferozmente, y la apretaba contra sí, para que lo sintiera, al hombre, al miembro del hombre que se desescarabajeaba entre la maraña de los pelos, abriéndose paso entre la selva, ya se la quería coger, pero ahora mismo, no, momento, corrigióse, calmáte, porque si no te vas y trató de enfriarse un poquito, de separarse, de no sentir tan cerca los senos inflamados, y para despistar le pasó la mano por el pelo, los labios por los párpados umbrosos, la mejilla suave, pero la griega no estaba para pausas y le pegó el jalón que por poco se lo harta, le chupaba los labios y él los sentía gruesos, lánguidos, mojados, qué calmáte ni qué pisados, se contestó, a ésta me la piso, y la comenzó a empujar hacia la cama, pero la traída no se movía del sitio (babosa sería), y su empujón sólo lograba doblarla hacia adelante, no, no, decía, van a regresar mis amigas y nos van a encontrar, trataba de decir porque Alfonso se le tiró encima, no, ay, no, tenía sus fuerzas la cabrona, ah no, se dijo él, ahora que me decidí a venir no va a ser para nada y otro reflujo de sangre le llenó el miembro, y el cerebro, hasta que al fin cayeron y rebotaron en la cama, no, no, no, protestaba la griega, van a venir mis amigas, pero él la besaba, la sobaba, le metía la mano entre la blusa, saltó un botón y al pensarse salvaje se excitó más, se le montó encima, imaginó que a ella le gustaba, pues lo besaba como poseída, babosadas, se repitió, a ésta me la piso, no, decía ella, van a venir mis amigas, pero ya le había subido la falda, y la besaba, le bajó el panty, le bajó el calzón, se bajó el pantalón, ella protestaba en algún lugar del mundo pero no había caso, era pura retórica, se le tiró encima, le chupó la boca, mientras entraba deslizándose entre una maraña espesa y

aceitosa, e inmediatamente (NO, CALMATE, IMBECIL, NO, TODAVIA NO) tres potentes explosiones de semen se proyectaban hacia afuera (POR VIDA DE LA GRAN PUTA, pensó cada vez) queriendo quedarse allí y para siempre; ella se quejaba allá lejos, no la oía, sólo la aplastaba contra su cuerpo, queriéndola metérsela entre el cuerpo con las canillas estiradas, peludas, los pantalones a medio palo, la falda y las ropas interiores tiradas en el piso, la lluvia que se había desatado, la tarde oscura, los gemidos de ella que se quejaba de una virginidad perdida (¿QUE, CUAL?) que ya iban a venir las amigas, y él regresó al mundo con sudor, con vergüenza, con arrepentimiento, con ganas de pedirle perdón por haberla cogido sin que ella hubiera sentido placer, de salir corriendo, ahora que ella pedía más, más, que se la metiera, y la maldita verija encogiéndose como vejiguita que se desinfla, qué clavo, qué ganas de huir, de no estar allí, de bañarse, de limpiarse los líquidos oleaginosos en los cuales estaban empapados ambos, y de calmar a la mujer, y ahora qué hago, díjose, mientras advertía que había comenzado a llover y que había comenzado a llover y que las amigas, a lo mejor, iban a regresar.

Se quedaron callados.

Ella se calmó y él como de trapo, con el cuerpo relajado y el cerebro lúcido. Van a venir mis amigas, dijo ella, y lo apartó. Mientras caminaba hacia el baño, la miró y sintió SERA POSIBLE ternura hacia una mujer que cerraba la puerta y se quedó tirado en la cama, con unas ganas enormes de que ésta fuera su casa y quedarse así, acostado, dejando secarse el semen mientras oía la lluvia chinchinear en el cristal de la ventana.

Fué dócilmente al baño, en donde se limpió a conciencia, se olió, encontró los preservativos y el alma se le vino al suelo, pero no, porque ella le había dicho que estaba preparada. Se puso el pantalón, se revisó a ver si se había cerrado la bragueta y salió.

Ella lo miró y allí comenzó a odiarla, porque le hizo esos ojos de babosa que hacen las mujeres cuando le agradecen a un hombre que se las haya cogido, pero le dio, al mismo tiempo, lástima, y la abrazó. Ella diciendo babosaditas y él se dejó hacer con disgusto, con ganas de irse para su casa, griega repisada creés que ya me agarraste, pero aquí está tu son chabela, de ésta ya ni me volvés a ver, y todavía tuvo que soportar el regreso de las peludas y las insinuaciones y las risas en el otro cuarto, mientras Aleka se ponía colorada, por lo que al menor pretexto posible, mintiendo, se fue, diciendo que iba a regresar mañana cuando pensaba hacerse humo y si te he visto...

Aleka le dijo que estaba embarazada. “¿Pero no me dijiste que estabas preparada?”. “No era cierto”, la culpable. ¿Y ahora qué hacemos? . “Para eso te llamé, para que me ayudes, ¿y ahora qué hacemos?” El alma en los pies. “Pues, yo, francamente, no sé”, reconoció. Pensó: sí sé, el aborto, papo seré yo de responsabilizarme, ni te quiero; y la odió, le dieron ganas de patearla por idiota, de despreciarla por irresponsable y en eso le vino el luzazo: “y cómo sabés que estás embarazada”, “no me viene”, ah, bueno, tranquilidad, relax, “entonces no te has hecho análisis”, ingenua: “no”; “puede ser psicológico”; allí fue donde le dio la crisis y se puso a llorar como loca, la pobre, qué ganas de tirarla por la ventana, “no, no hay que ponerse así, hay que ver al médico (y, en eso, me hago humo) y ver qué dice, tranquila, tranquila” se le estaban erizando los pelitos al sentirla cerca, el calorcito y el olor de la mujer que llora lo excitaron, se le comenzaba a parar otra vez, ah no, pero no iba a ser tan maldito de aprovechar la oportunidad para (en eso se acordó que en las habitaciones vecinas estaban las arpías mitológicas peludas libidinosas parando oreja para ver cómo el irresponsable trataba a la amiga, malditas muéranse) así que se acordó de que se tenía que ir, pero le recomendó el centro médico universitario, o le trató de insinuar aborto sin decir aborto, y se salió diciéndole tranquila, si no es nada, y si es algo yo me responsabilizo, yo te ayudo, no te preocupes, no llores, adiós, se bajó las mil escaleras casi corriendo, dispuesto a nunca más regresar, a esconderse hasta abajo de la cama si fuera posible, a negar mil y mil veces cualquier posible implicación con esa desconocida que le atribuía ignota relación sexual, griega puta.

Dos meses después, empero, le entró la brama nuevamente, y como era huevón, en lugar de buscar otras traiditas, Alfonso marcó el número del teléfono de Aleka —canalla, te atreves a llamar después de haberme abandonado en esa situación tan difícil, maldito miserable, tengo un hijo sin padre— y de sólo pensar eso ya no contestó a la voz que dijo “¿aló?” y esperó que volvieran a decir “¿aló, aló?” para no contestar nada y colgar el aparato con las manos sudadas. Sin embargo, la intranquilidad alcanzaba ya grado de angustia, por lo que se salió a la calle y qué casualidad las patas lo llevaron a una cuadra, a enfrente de la casa de la Aleka, pero mejor pasó de largo, en la esquina se detuvo, dejó que el semáforo pasara de verde a rojo; cuando el semáforo verde dio media vuelta y regresó otra vez, entró a la caballeriza, se volvió a salir, entró a un bar, pidió un café, le supo horrendo, caminó otra vez de regreso a su casa, pero no había caminado una cuadra cuando ya estaba dando media vuelta hacia la casa de las griegas, qué pisados, a lo mejor está sola, pensó y comprobó su gravísima equivocación cuando luego de subir el everest y llegar resoplando de cansancio, le abre una de las peludas libidinosas y le sonría (aguas), no oyó llanto de muchachito, buena seña, “Aleka, el sudamericano”, dijo la griega, y él creyó que había sorna en su entonación, la miró odiándola, pero la otra tenía carita cordial. “Hola Alfonso, ¿cómo estás?”, dijo Aleka, cambiadísima, el pelo cortado, los ojos demasiado maquillados, la boca horrendamente pintada, los ojos húmedos cuando entraron al cuarto, qué quieres, nada, dijo él, y le dio lástima verla disfrazada de puta, le tomó la mano (la tenía fría, te pongo nerviosa, verdad) él insistió, fingiendo paternal aprensión: “¿qué pasó?”, no había sido nada, falsa alarma de muchacha inexperta que pierde la virginidad y teme el castigo; he sufrido tanto por ti, le dijo (de dónde saco estas mentirotas) ella comenzó a moquear, caballero latinoamericano sacó su pañuelo y le secó las perlas que caían de sus ojos (sentimentalota babosa, ora te cojo), la besó, ella no abrió la boca (castigadora), la recontrabesuqueó hasta que le comenzó a meter mano y la otra cedió, y cedió de tal manera que griega hambrienta dejáme respirar por lo menos y no hagás tanta bulla que nos van a oír las peludas, erección instantánea y total, *se le secó el cerebro*, que suerte tengo

porque mujeres así ya no hay; la ridícula lo miró con ojos de pescado muerto; sinvergüenza, le dijo, y cerró la puerta, y él la jaló, se la pegó contra la cintura para que lo sintiera, ella se restregó, la empujó contra la mesita/escritorio, para que lo sintiera bien, y de pronto sintió la lengua de ella en su boca, una presencia como de esponja y carne, la saliva caliente les corría en las mejillas, le subió la falda, ella comenzó a protestar: van a oír mis amigas, no, no van a oír, lo hacemos en silencio, suplicó, sí, no, y le pasaba la lengua por el pescuezo, y un pelito le quedó en la boca, por lo que se dedicó a escupir como motor ahogado, pero no, mejor le bajó el calzoncito y ella ayudó, —ya estuvo, ésta ya estuvo— se abrió el pantalón y le salió un como resorte, para afuera, ella se estaba medio sentando en la mesa TOC, TOC, alguien tocaba a la puerta (¿quién será el hijo de la grandiosa puta?) se miraron, quién será, dijo, “¿quién es?”, preguntó ella, sofocando la respiración, “Aleka, ¿no quieren una taza de café?” y él muy cortés: no, muchas gracias, más tarde, y ella, como que si estuvieran leyendo poesía: sí, luego, y apenas oyeron que se fue la otra comenzaron el relajo, y trató de entrarle pero no daba dónde, por lo que bajó la mano del cuello que acariciaba y entró (estrellas, pájaros fugaces, remolinos de mar, ácidos, conchas, rezos, mares) qué rico, dijo ella, y se le paró más, y no se iba como la otra vez, sino que, a pesar de todo OTRA VEZ TOQUIDOS A LA PUERTA (pero qué chingan) inmóviles: ¿quién?, yo (irreconocible), ¿quién yo? (la otra libidinosa que vivía con ella) Aleka es hora de tu clase, ya voy, dijo ella, y ahora no esperaron para seguir y ella pedía más, más, y va de darle, pero ahora se comenzó a preocupar porque dale y dale y nada, y la otra como bailando en la mesa ALEKA, DIJO UNA VOZ MIENTRAS ABRIA LA PUERTA y apenas tuvo tiempo de separarse y de bloquear la puerta con el pie, empujar, cerrarla, mientras de afuera hacían fuerzas para entrar, ALEKA, ALEKA, NO PUEDO ABRIR, es que puse la tranca, dijo la otra, un poco descontrolada, esperáte, y subióse calzoncito, bajóse falda, indicó detrás del armario, y llegó al relevo, mientras él daba la espalda, por detrás perfectamente vestido, por delante con un apéndice extraño que parecía de monstruo, bisbisearon las dos, se fue la otra, se le volvió a tirar encima pero ella lo rechazó, ven mañana, le dijo, voy a estar sola, ahora no vamos a poder porque vino mi novio, ¿TU QUE?, y, en efecto, cuando él salió, guardando bajo el

zíper del pantalón un secreto mojado y palpitante, un barbudito moreno estaba tomando café con las peludas, y todavía tuvo el descaro de presentarse y darle la mano, mientras emprendía veloz retirada.

Ya estaba acostumbrado a asociar griega con descargas de adrenalina; hermosa la vio y respetó el ceremonial: platicaron, de cosas muy interesantes, como de la necesidad de liberarse de las ataduras sociales, de la religión, de las dictaduras, de etc.

Los farsantes conversaron, se fueron acercando poco a poco, crearon su atmósfera cogitiva, mientras platicaban se tomaban de la mano, contactos eléctricos, angulosos, se besaron (con ternura, primero, no hay que ser) se comenzaron a besar como se besan en las películas, con un gran abrazo, un beso que no se terminaba nunca, y cayeron en la cama que los rebotó un poquito, mientras él le buscaba botones o zíperes, sintióse inútil porque había un maldito zíper trabado, hasta que ella le dijo, desnudémonos, lo dejó baboso, pues pa'luego es tarde. Se quitó la ropa, ella se quedó sentada en la orilla de la cama, viendo hacia la pared, como si viera un ventanal en donde, desde la colina, se divisara el espejo de luces de una ciudad de noche. Se le acercó por detrás, desnudo, a ella, desnuda: la besó en el cuello, con suavidad, se sorprendió de estar calmado. Siempre por detrás, la abrazó, sintió los pechos flamentes oprimidos por sus brazos y se arqueó para ponerse frente a ella y besar los pezones negros, ella reaccionaba a sobresaltos, se frotaban como una serpiente a otra, ya no pudo más, la tiró sobre la cama y se deslizó suavemente hasta llegar a su punto, como un engranaje mecánico que encuentra la tuerca justa, ella le clavaba las uñas en los hombros, estiraba el cuello hacia atrás, cerraba los ojos, le acariciaba, movía la cabeza de un lado a otro, la mata de pelo negro como una mancha de sangre, lo miraba con infinito amor, y él cumplía con su deber de macho latinoamericano, con fuerza, con mucha fuerza, como le pedía ella, una alegría remota le llenó de orgullo todo el cuerpo y siguió oficiando sobre la mujer que le había trenzado las piernas en la espalda, que se agarraba a los barrotes de la cama para ofrecer mayor resistencia, y él la poseía como si la odiara, como enemiga, y ella comenzó a gemir, a llorar, a quejarse de pluro placer, a arañarlo, y él oía en *off* los resortes de la cama, voy a descansar, dijo, y se acostó a un lado, mientras ella le mojaba con la boca todo el cuerpo, lo besaba, diversos escalofríos marcaban los recorridos de la griega, sintió un reflujo, sintió como el mar, como

a la orilla de los precipicios, la volvió a poseer, casi destrozando la cama, mientras ella se quejaba jubilosa y algo decía, y cuando emitió un largo rayo de esperma, ella se desperezó casi gritando y quiso morir allí mismo, mientras una larga línea de semen salía de su miembro y rociaba a la mujer que lo recibía mojado, mojada.

Después se acostaba a su lado y ella le decía, mirando el techo: ahora soy una mujer de veras (¿y ésta? ¿qué onde se traerá?) la telenovela seguía: soy amante de un hombre casado, dijo ella. (mejor) ¿quién? Un mi profesor. Ah. (Compasión enorme por ese pequeño animal). Tú me usaste siempre, dijo ella, ahora yo quería (textualmente:) “hacer el amor” y te usé, por una vez al menos estamos pagados; otra vez que tenga ganas y no haya hombre a mi alcance, te llamo (la liberación femenina, ja,ja,ja,) Alfonso pensó que creía ofenderlo cuando en realidad encantadísimo, magnífico, ella su telenovela, él sus necesidades; claro que ya no lo volvió a llamar nunca.

Y como no fue llamado, Alfonso decidió regresar a la casa de Aleka, por aquello de las dudas; subió los quinientos mil escalones, siempre acezando y confundiendo las palpitations de cansancio con las del deseo, haciendo inútiles respiraciones que sólo daban a su rostro una palidez mortal cuando le abrían la puerta y le preguntaban: “¿Sí?” ¿A quién buscaba?” (una de las peludas) A Aleka. Adelante. Maldita suerte, se maltrató, cuando vio que la Aleka estaba con el traído, desmelenada y con los ojos brillantes de la batalla que indudablemente estaba librando con el morenito barbudo, quien no se levantó al darle la mano, por razones plexosolares que a Alfonso le parecieron obvias. Como allí estaba perdido, pidió “compermiso” y se fue a chachalaguear con la otra griega, la que pasó de peluda libidinosa a María, así se llamaba de simple, y examinándola con más detenimiento no estaba tan mal (pensaba Alfonso) mientras conversaban con distracción acerca de la música, literatura y cine (griegos y latinoamericanos, qué se le iba a hacer) descubriendo las mutuas ignorancias y riéndose de las observaciones que pretendían ser inteligentes, con tal de impresionarse uno a otra; de repente se les acabó el tema de conversación; del cuarto de Aleka venían rumores de lucha; había llegado la hora de irse, pensó Alfonso, y por decir algo, por ver qué salía, le dijo a María ¿qué me harías si te besara? recurriendo a uno de los más tarados, ridículos y efectivos trucos de la adolescencia para detallar traídas; la griega le contestó: “prueba”.

La boca de la griega era húmeda profunda, como los túneles del metro, oscuros y siempre sonoros...